

SALTAR DE LAS BRASAS PARA CAER EN LAS LLAMAS. Enero de 2026 (Rev Nov 2026)

"Así es como lo viví, así es como lo percibí, así es como lo recuerdo y así es como lo relato, lo más fiel a mi realidad".

Salí de Alcorlo a punto de cumplir los catorce años de edad, era un mocoso que no había visto más vida que aquella de aquel valle, como dirían mis padres *"tenías los ojos tan cerrados como los gatos cuando nacen".* Pero aún con todo eso yo allí en el pueblo ya comencé a odiar el terruño; a poco que miraba con aquellos ojos de niño espabilado (como algunas personas mayores decían de mí) veía que los que se habían marchado a la ciudad y sus familias no les importaba visitar el bar del Pedro, y sus hijos se podían comprar coca colas con la misma facilidad que yo bebía agua de la fuente de "Las Pulgas", vamos que, fuera de aquel valle la vida parecía más fácil y bondadosa.
Después de tres años de estudio en Formación Profesional decidí por mi cuenta dejar de estudiar, eso sí, mis padres se negaron porque yo no presentaba motivos de peso para ello pero yo, con mi adolescencia efervesciéndome en la sangre y las hormonas que las iba perdiendo por la calle, me hicieron perder el poder de retención en la memoria, cualidad importantísima a la hora de estudiar, cosa que hasta esa fecha gozaba de todo lo contrario, me bastaba dar un repaso a la lección diez minutos antes de cualquier examen para aprobar con un seis, suficiente para mí.

LA ENTRADA AL VIVERO. (Notas de mi relato "desde Alcorlo a la mili") *Al llegar a cumplir los diecisiete años ya me quedé sin estudiar y me apunté al paro. Durante aquellos ocho meses _que ni hice ni deshice_ solo me avisaron de una oferta de trabajo como camarero, pero como no tenía medio de locomoción desistí de ir.*
Los meses pasaban y nadie daba noticias de que necesitara un mozo de algo ni para nada. Un vecino me propuso ir con él de ayudante de pintor pero posiblemente no le darían la obra y nunca ejercí las funciones de pintor.
El trabajo estaba fatal por aquellas fechas, estábamos a pocos años de haber comenzado la transición política y había gran revuelta por las fábricas y lo que menos pensaban los empresarios era en meter un obrero más a su fábrica.

Teníamos allí en el barrio unos paisanos de mi pueblo y de otro pueblo cercano a Alcorlo, gente ya mayor, de edad próxima a la jubilación, que llevaban ya en el vivero varios años. Basilio y Francisca. El vivero era una empresa por la que a lo largo de su existencia pasaron más obreros que vagabundos por la legión, pero a su favor vuelvo a decir que pagaba puntualmente, y sobre su organización empresarial no he vuelto a ver ninguna ni que se le pareciera ni remotamente, porque administrar una empresa que genera dinero fácilmente eso lo hace cualquiera, pero en el

vivero no era así, había que mirar con lupa todos los detalles, desde el rendimiento de cada obrero hasta la duración de un par de guantes de goma de los de aquella época o incluso el mono de trabajo.
Bueno pues, llegó el mes de junio y Basilio le comentó al jefe del vivero que conocía a un buen chaval, trabajador y sano, que a ver si le hacía el favor de emplearlo allí, en su empresa, vamos, como casi un favor.
Y así, gracias al "buen Basilio" conseguí poner los pies en el vivero y por allí los anduve arrastrando durante nueve años desde 1980 hasta 1989.

Ni qué decir tiene que al entrar a trabajar allí recomendado y según me habían inculcado mis padres desde crío, era necesario dejarse la piel en el trabajo antes de que te llamaran la atención por vaguería o bajo rendimiento laboral. ¡Solo faltaba eso, que le dijeran al pobre Basilio que vaya piltrafa de obrero había recomendado a la empresa!, amén de que eso sería una vergüenza para mi familia, antes morirte que de que hablaran mal de ti como trabajador.

Odiaba la tierra, no el planeta tierra, sino el TERRUÑO, el trabajo del campo me parecía de una bajeza terrible, todas las personas que conocía que trabajan o vivían de la tierra eran pobres de dineros, pobres de cultura, pobres de bienes, pobres de todo… ¡pobres! Parecían pertenecer a una clase social despreciada por los demás seres semejantes, era como una deshonra, a favor diría que tenían en común que eran todos ellos personas amables, de buen talante y humildes, sobre todo humildes, de esos que cualquier cosa que les pidas te la darán, seguro que te la darán.
En las pocas empresas que he trabajado a lo largo de mi vida, en ninguna conocí la familiaridad que allí encontré, todos sufríamos y padecíamos con el trabajo lo mismo, todos parecíamos ser dedos de la misma mano, éramos como una gran familia en la que el conjunto de todos sus miembros superaban los ochenta.

EL TRABAJO EN EL VIVERO.
No importa si han pasado ya cuarenta años desde que me vi mis pies envueltos en barro cada mañana de invierno porque lo tengo bien clavado en mi memoria.

Cada vez que me despierto poco antes del amanecer, o me he venido despertando todos estos años y escucho la lluvia golpear el tejado de uralita que tiene el vecino para proteger del agua la ropa tendida en su terraza, no puedo por menos que recordar aquellos periodos de invierno de los nueve años que pasé en aquel vivero.

En aquellos días de lluvia, el primer pensamiento que venía a mi cabeza una vez había recobrado el sentido y la orientación al despertarme era si no sería mejor morirse cualquier noche y no llegar a despertar, porque ya sabía la que me esperaba ese día, en el mejor de los casos: *frío, penurias, esfuerzos y sudores*. Sin duda sería aquel otro día largo más y penoso de soportar.

Aquellos días eran todos iguales, si no era la lluvia era el frío quien se encargaba de martirizarte durante todo el día. Peleábamos todo el día en unas condiciones de trabajo que hoy rozarían lo prohibido.

Pronto comprendí mi situación, lo que más odiaba, lo que menos quería para mí y para mi cuerpo, me había caído como una losa, ***había saltado de las brasas pero había caído en las llamas***; al menos en Alcorlo no se pasaba esas penurias que hoy, pocos obreros aguantarían más de unos días trabajando en esas condiciones.

La plantilla de trabajo (aunque en total seríamos más de setenta personas), en el grupo en el que yo me encontraba rondábamos unos cuarenta, de los cuales la veintena éramos todos de la misma quinta, año arriba o año abajo, casi todos habíamos comenzado a trabajar allí a los diecisiete años y algunos ya tenían los veinte.

Todos teníamos el denominador común de que, por uno u otros motivos habíamos aparcado los libros en un rincón de la casa, todos sin excepción veníamos de familias con pocos recursos y/o con muchos hermanos (como era habitual en tantas familias producto del Baby Boom).

Como decía, muchos habíamos entrado allí sin tener los dieciocho años cumplidos, eso no importaba, lo que importaba eran las ganas de ganarte el corrusco de pan, y con suerte, unos años después hasta te podrías comprar un coche para pasear a la novia, eso sí, siempre que te dejaras la piel allí, de otra manera poco tiempo te aguantarían, la atenta mirada del encargado general que siempre estaba escudriñándote y de alguna manera, aunque sin cronómetro en mano, midiéndote tu rendimiento y llamándote la atención a la más mínima.

Años después comprendería yo en cierto modo su labor de encargado, lo cierto es que (creo que por causa de una enfermedad física) pasó de echarse el día entero haciendo esfuerzos físicos a esforzar solamente la lengua.

El uniforme de trabajo lo componía la propia ropa usada, protegida por un mono de tela fina, porque seguramente de ser más gruesa la prenda costaría más dinero a la empresa. En verano no hacía falta esa prenda porque andábamos todos en la planicie de un campo sembrado de pequeños almendros con el torso al aire, en septiembre estábamos todos más negros que los Dominicanos en el mes de enero. Luego hablan del cáncer que produce la exposición prolongada en el sol… Del verano hablaré más tarde.

En los pies llevabas las botas o zapatos que te llevaras de casa, salvo en casos especiales que podías recurrir a calzarte algunas de uso común, como por ejemplo al tener que andar sobre zanjas de barro arrancando árboles de pequeño diámetro que estaban allí metidos en una fosa, con las raíces cubiertas por una tierra parcialmente arenosa y enfangada en agua.

Que lloviera o hiciera mal tiempo no era impedimento alguno para trabajar, trasladar árboles y plantarlos provisionalmente en zanjas para su posterior venta, cargar camiones (de planta tan variada como desde unas macetas de petunias a árboles de sombra del tamaño de farolas) hiciera sol o lloviera, porque no había tejados o porches para resguardarse, eso vendría unos años más tarde.

Entrábamos a trabajar en aquel infierno a las ocho y media de la mañana y recuerdo que algunos días a las nueve ya tenía la camiseta empapada de sudor, dándole al azadón tratando de arrancar un árbol de esos que se instalaban en la tierra de manera provisional y que su peso rondaría los trescientos kg, luego una grúa lo pondría dentro de la caja del camión, pero el dejarlo limpio de tierra todo alrededor de las raíces sobrantes eso no lo quitaba ninguna máquina, era a golpe de azadón.

Había días que en la primera hora de llevar trabajando ya me quedaba sin gota de energía, menos mal que en la juventud la fortaleza física se renueva al momento, (eso si se tiene buena salud) similar a una fuente en la que aunque solo caiga un chorrito de agua del tamaño de un botijo finalmente se llena de nuevo la garrafa.

Las botas que te daban eran de esas de goma o plástico, sin tela de borrego por el interior, de tal manera que los pies estaban siempre con ganas de ser calentados. Por no decir que estar todo el santo día caminando de un lado para otro con aquel peso que, además del de la propia bota había que sumarle el barro que se pegaba a ella y que de vez en cuando había que meterlas en un charco para que se aligerasen un poco, eso sí, ni qué decir tiene la temperatura que tendría el agua del charco.

Pocos años después de comenzar a trabajar allí le compré a un vecino que trabajaba en una buena empresa, un par de botas nuevas que él nunca llegaría a ponerse, empresas de esas de las que necesites o no puntualmente cada año te regalan unas; botas de esas que tienen la puntera reforzada de hierro. El problema surgió que después de llevar las primeras cuatro horas de trabajo de por la mañana las tenía que dejar que descansaran, porque entre el peso de las botas y el peso del barro que se acumulaban en ellas me resultaba una tremenda paliza. Eso sirve para estar en un almacén moviéndote de vez en cuando, no allí, que parecíamos hormigas inquietas acarreando plantas de un lado para otro. Del camión que acababa de llegar a las zanjas, para enterrarlas en ellas y viceversa. Por la tarde me calzaba otras más ligeras, botas o zapatillas ya en desuso que, normalmente deberían estar ya en el contenedor correspondiente.

Contra el agua de la lluvia teníamos una chaqueta y pantalón de plástico que generaba gran incomodidad para trabajar, tanta era que a veces optabas por dejar que la lluvia mojara el mono de trabajo, era preferible.

Los guantes, a veces había guantes, por supuesto de lo más barato del mercado, después de la primera hora de trabajo ya estaban empapados para todo el día. Unos guantes de cuero eran un lujo, algún compañero hubo que los consiguió por cuenta propia, hubiera sido el sueño dorado, aunque los días de lluvia tampoco resolvían el problema de las manos frías. Hoy existen de diversos tipos y maneras, impermeables si quieres y con aislamiento por dentro, todo un lujo.

Tardes de invierno de esas que el viento no cesa, cargando camiones por encima de la trampilla, cargando árboles de tamaño y peso tan considerables que una sola persona le resultaba poco menos que imposible de manejar, imaginemos árboles del grosor de una farola estándar, o de las de antes, de cuatro metros de longitud con su grumo de raíces en un extremo, y así durante tres o cuatro horas seguidas, porque allí no trabajábamos ocho

horas, trabajábamos NUEVE cada día, y el sábado CINCO que ¡no eran obligatorias! Pero eran ¡aconsejables! Si querías permanecer en la plantilla.

El viento en aquel lugar que llamábamos “el embudo” _porque era un rincón donde el viento daba la vuelta_ era un suplicio, con tus fuerzas al límite el viento te retorcía el árbol como si se tratara de una veleta y lejos de ayudarte era como un diablo invisible que te jodía la tarde entera. No hablemos ya del frío, todos sabemos cómo son esos días de invierno sin sol y con viento.

La escena era la siguiente: junto al lateral del camión se instalaba una mesa de altura algo mayor de un metro, y de anchura puede que rondara los dos metros, lo suficiente para poder albergar a dos personas sobre ella, ya que a veces los árboles a cargar eran tan extremadamente grandes y pesados que incluso con dos operarios no les sobraba fuerza alguna para lanzarlos dentro del camión.



Normalmente había un compañero dentro del camión acomodando las plantas que le iban pasando desde fuera a través de la mesa. En la mesa las recibía un obrero, normalmente de los más jóvenes y resistentes, porque ya se conocía de antemano que durante varias horas seguidas iba a llevar buena tralla.

A ras de suelo se encontraba el primer obrero entregando a su compañero el material hasta donde era capaz de elevar las plantas a cargar. A veces eran árboles de un palmo de diámetro, otras veces eran plantas en macetas, pequeñas o grandes, tan grandes que a veces ni con dos personas en la mesa eran capaces de ponerlas en el interior del camión. La plantilla de operarios más de la mitad de ellos acariciaban ya la edad de la jubilación por lo que de fuerza física no es que estuvieran sobrados.

Años después aquello cambió, construyeron un porche con un foso donde el camión quedaba a la altura del suelo y aquello fue un gran descanso, amén de que la lluvia ya no era un problema.

Pero en el foso solo entraba UN CAMIÓN y a veces se amontonaba el trabajo y había que cargar el otro camión como se venía haciendo allí desde tiempos inmemoriales, a la fuerza bruta, porque eso sí, para hacer un cambio en la forma de trabajar, por pequeño que fuera, había que solicitarlo a la empresa con sello de tres pesetas.

Sin entrar en demasiados detalles creo que con esto queda descrito como fueron mis primeros nueve años en el mundo laboral, como dije antes pensé que estaba salvado de las llamas, y huyendo de ellas, sin quererlo, caí en las brasas.



PRIMAVERAS Y OTOÑOS. No quiero que se me olvide relatar cómo fueron aquellos meses de primavera y otoño en los que hay días que da gusto estar en el campo, lejos de ruidos, disfrutando de los rayos del sol, lejos también de estrés.

El trabajo era sencillo, normalmente podar es lo que hacíamos, podar planta pequeña cuyas ramas eran de tamaño del grosor de un lápiz, cierto es que se exigía cierta habilidad porque aquello se asemejaba a una carrera de caracoles; arrancábamos todos al inicio del surco y (como si fuera una carrera) trabajábamos a marchas forzadas para no quedarnos en último lugar al llegar al final y con ello hacer el ridículo. Parece subrrealista pero era así, todo ello fruto de unos jóvenes que no habían visto del mundo laboral más mundo que aquel, el suyo, y que los encargados, de alguna manera trataban de que esa forma de trabajo fuera la estándar.

A veces, sobre todo por las tardes, surgían debates, charlas, coloquios, todo sobre la marcha, sin abandonar en ningún instante la maniobra de la poda. Siempre había algún compañero de edad más avanzada que contaba relatos de la posguerra, de los sufrimientos que pasaron de niños, de lo difícil que se lo ponían para darle un beso a la novia, de la puta la mili y mil historias más que, algunas de ellas nos servían para "abrirnos los ojos en la vida".

Notas de mi relato "Desde Alcorlo a la mili". *Las primaveras y otoños las pasábamos con las podas, tijera en mano, disfrutando de esa paz que tiene el campo, sin ruidos, con sus días de solecillo y bien estar, un trabajo sin demasiados esfuerzos, porque la faena se desarrollaba de pie, apenas sin cambiar de posición, eso sí, parecía que echábamos carreras a ver quién llegaba al final del surco el primero, igual que si estuviésemos en el jardín de infancia de los niños de cinco años. Cierto es que aunque ya teníamos los veinte años de edad a veces no lo parecía*.

LOS VERANOS. Bien podría afirmar que lo duro de aquel trabajo eran los cinco meses de invierno. Las primaveras y otoños las pasábamos con las podas, tijera en mano, disfrutando de esa paz que tiene el campo, sin ruidos, con sus días de solecillo y bien estar, un trabajo sin demasiados esfuerzos porque la faena se desarrollaba de pie, apenas sin cambiar de posición, eso sí, parecía que echábamos carreras a ver quién llegaba al final del surco el

primero, igual que si estuviésemos en el jardín de infancia de los niños de cinco años. Cierto es que aunque ya teníamos los veinte años de edad a veces no lo parecía.

Yo entré a trabajar como un 5 de junio de 1981. El trabajo en esa fecha estaba casi todo él en el campo, no en el recinto donde se ubicaba la empresa y sus instalaciones (que no era otra cosa que una parcela donde se vendía la planta cultivada casi toda ella en la propia empresa, sobre todo los frutales y árboles de sombra).

El injerto. Mi labor de aquellos primeros días en esa faena consistía básicamente en ir sujetando con una cinta de plástico el injerto que el compañero, que iba delante de mí en el surco, iba practicando en cada almendrito que tenía delante. La planta del almendro tenía un grosor del tamaño de un lápiz, de altura unos cincuenta centímetros, y las plantas estaban una seguida de la otra, apenas unos centímetros las separaban. A vista de lejos la parcela parecía un mar verde, todas las plantas tenían la misma altura y casi el mismo grosor, de altura algo superior a la rodilla.

La operación de sujetar el injerto era bien sencilla, en un minuto de reloj aprendías a realizarla bien. Le dabas dos o tres vueltas con la cinta alrededor del tallo del almendro y acababas con un nudo, punto y final; tenía su técnica para hacerlo bien pero era sencillo.

La operación completa duraba aproximadamente QUINCE SEGUNDOS en cada injerto, pero descontando tiempos muertos, la realidad era que solíamos hacer algo más de MIL injertos en las nueve horas de trabajo, o sea, 2.2 injertos por minuto, esas eran las veces que te obligaba a inclinarte con la posición de escuadra de noventa grados.

El problema venía que el suelo estaba demasiado abajo, más o menos a la altura de los pies, por lo que para llegar allí había que inclinarse de lo lindo, como diría mi padre: *"no tenías que tener huesos en la tripa.*

Claramente para una persona que no está habituada y entrenada para dicha operación, (que eran constante durante nueve horas al día), resultaba desastrosa. Tan dolorosa era que al rato de comenzar ya buscabas nuevas posturas, como ir de rodillas, pero los compañeros ya veteranos te quitaban la idea, ellos ya habían pasado por ello, el problema era el primer mes, luego ya te acostumbrabas, ¡pero qué mes!!!

Ni qué decir tiene que aquel primer día y supongo que muchos más le siguieron, a las doce del mediodía el sol ya te estaba achicharrando la espalda que, gran parte del día la tenías perpendicular a él, por lo tanto ya no te podía joder más.

En aquel primer verano mi hermana y yo comenzamos a estudiar mecanografía. Algún lumbreras lo comentaría en mi ámbito familiar y por si surgía algún trabajo en el futuro relacionado con ello pues… no vendría mal.

Vivíamos al otro lado del mundo, al otro lado del andén de RENFE donde se toman los trenes. Por aquellas fechas no había escalera-puente para cruzar las vías del tren y todo el mundo las cruzábamos a pie, a veces hasta mirábamos a ambos lados por si le diera algún tren de venir sin avisar… pues bien, recuerdo que aquellos primeros días, por la tarde, una vez acabada la tarea del injerto, yo tenía graves dificultades para levantar los pies por encima de las vías del tren, cosa que todos sabemos no tienen ni un palmo de altura… increíble parece, era tratar de elevar un pie y un dolor imposible me recorría el espinazo entero…

Durante tres veranos estuvimos mi hermana y yo asistiendo a clases de mecanografía. Eso solo me ha servido en la vida para dos cosas. La primera fue para pasarme una mili un tanto cómoda pues, en la oficina de escribiente anduve, exento de maniobras militares y tripazos con el fusil en brazos. La segunda me llegó con la entrada del ordenador en casa, año 1999, pronto descubrí con ello la posibilidad de escribir y guardar recuerdos, notas, informes, etc en el disco duro. Pronto adquirí gran velocidad para teclear sin mirar a otro lugar que a la pantalla donde se iban generando los caracteres de una manera tan sencilla con pulsar levemente una tecla, no como las máquinas mecánicas que había que desplazar cada tecla un par de centímetros, con esa ventaja era fácil conseguir una velocidad de escritura que a veces corría más que mi propio pensamiento.

Me atrevería a asegurar que EL PEOR DÍA DE MI VIDA no fue cuando perdí a mi madre, ni luego a mi padre, ni luego a mi perro Yuko, no, no, no el peor día de mi vida lo pasé en aquel primer mes de junio, Lunes para más señas.

El día anterior había estado en Horche con mi padre y un amigo suyo. Allí se llevaba mucho eso de ir de "cuevas", hay muchas de ellas allí, en todas ellas había algo de alcohol que meter pal buche, tal fue así que yo acabaría borracho. Como yo aún no tenía moto y menos coche, volvimos a casa sin incidentes.

Al día siguiente, lunes, había que cumplir con el trabajo ¡solo faltaba dejar mal al Basilio! Aunque fuera con las tripas recogidas en un talego había que ir a trabajar.

Hasta más o menos la hora del bocadillo, sobre las diez y media, la cosa no fue demasiado mal, solo que al inclinarme para atar cada injerto parecía que la cabeza me la habían llenado de piedras, qué digo piedras, ¡plomo, seguro que era plomo! Pero a partir de las once, cuando el ciego sol de Castilla se estrellaba contra mi espalda, ya totalmente desprotegida de camisa, cada vez que me acachaba temía que perdería la razón. Y así cada veinte segundos, atar injerto, levantarse, atar injerto, avanzar los pies diez centímetros, atar injerto, esa era la música…

A VECES ME DA LA RISA, por no decir me muero de IRA, de recordar cómo trabajábamos en aquellas condiciones. Allí al tajo nadie llevaba bebida, estaba mal visto o estaba de alguna manera prohibido, aunque no hubiera cartel expreso que así lo indicara.

La bebida que disponíamos consistía en unas CUBAS de madera, de unos cinco litros de capacidad, se llenaban en las instalaciones cuando nos marchábamos y en muchas de las fincas no había manera de adquirir más agua, en otras había alguna fuente en las inmediaciones, fuentes que manaban de los terreros y que nadie había analizado si era potable ¡faltaría más! Sin duda aquel agua venía cargada de los pesticidas de la parcela que había sobre el talud de donde manaba aquel chorrito de agua…. ¿Cómo habremos llegado hasta aquí con esta salud???

El agua estaba más o menos medida, había hasta el medio día que, como el encargado iba a comer a su casa en la ciudad aprovechaba y llenaba de nuevo las cubas de madera para tener agua para la tarde.

Cada tres cuartos de hora aproximadamente alguna voz del grupo reclamaba ¡agua! Y uno de los operarios, normalmente el que menos rendimiento daba o el más joven del grupo, iba de surco en surco pasando la cuba de madera y echábamos un chorro semejante a un botijo. Cuando el agua comenzaba a escasear, o sea que llegaba el rumor, ya se vigilaba el tiempo que el botijo estaba echando agua en cada boca.

Pues allí estaba yo aquel día, con la boca como una resequera que mi lengua parecía la suela de una alpargata y el paladar una cueva reseca. El conjunto, lengua y paladar, exigían un chorro de agua cada cinco minutos, pero como eso resultaba totalmente imposible solo me quedaba resistir, resistir el sol, resistir el dolor de lumbares, resistir la sed, no veía el momento de que acabara aquel tormento.

Tan mal estaba yo que, a pesar de que me había llevado la fiambrera con algo de comida, le pedí al encargado que me dejara en casa, ya que le quedaba de camino, con la excusa de que necesitaba una aspirina.

Al año siguiente, 1982, hubo un gran cambio en la empresa, me refiero al horario de trabajo. Como ese año se celebraba en España los mundiales de fútbol, a algún iluminado (que Dios lo tenga en el cielo) se le ocurrió hacer JORNADA INTENSIVA durante el verano.

Fue todo un acierto, antes, después de comer, sobre las tres de la tarde, te veías en mitad de una planicie a doblar la cintura, con los garbanzos aún sin deshacerse en la tripa, con poco agua y mucho sol, y ahora, cuando el sol solo llevaba calentando el terreno cuatro horas nos marchábamos a casa, a las tres de la tarde dejábamos el campo.

Cómo sería el rendimiento que ese año hicimos con el injerto que a partir de entonces todos los años continuamos con aquel horario. ¡Qué sencillo era y nadie lo propuso antes! ¡Impresionante! Claramente era una empresa en la que era muy difícil modificar su ritmo de trabajo.

LA CALIDAD DEL AGUA. Recuerdo un día, ya cerca del mediodía, de esos que hace mucho calor, se acabó el agua, en vez de pedirle a alguno de los obreros de los que llegaban a la finca en sus propios vehículos que se acercara a la fuente del pueblo a rellenar las cubas de madera, (el pueblo se encontraba a un km de distancia) alguien pensó en que se llenasen del pozo de la finca que allí mismo existía.

Con gran avidez di paso al agua a través de mi garganta, el agua ni se paró en la boca, pero en el último segundo la retuve en ella y cuando descubrí su sabor pensé que me moría en breve envenenado. Aquel agua sabía a podrido, ya no era el mal sabor del cloro del agua de cada día, era otra cosa mucho peor. Tanto fue así que le pedí al compañero que repartía el agua entre nosotros que bajo ningún concepto me diera agua, aunque se la pidiera de rodillas, porque aquello podía ser peor que la cicuta.

Al rato aparecieron por allí el jefe en persona y con él su "animal de compañía", (el encargado quiero decir) operación que solían hacer casi todos los días para vigilar la obra, el rendimiento del trabajo del equipo.

Alguien les comentó que teníamos problemas con el agua y que algunos obreros decían que sabía mal. Sin probar el agua ni tan siquiera, los dos (jefe y encargado) casi al unísono dijeron que les parecía raro ya que precisamente el día anterior ellos mismos habían bebido agua de aquel pozo y la notaron con un sabor agradable, vamos, insípida como es el mismísimo agua.

En mi vida he visto afirmaciones más cínicas que aquellas, parecían que los dos personajes se habían puesto de acuerdo en la respuesta que, por otra parte, no se esperaba menos de ellos.

Después del medio día algún compañero de los que allí se quedaron a comer en la sombra de los árboles descubrió que había un animal muerto y medio descompuesto flotando en las aguas del pozo, posiblemente dijo sería un gato o una liebre, de las muchas que allí vivían entre las plantas de aquella parcela.

EL ATRACÓN DE AGUA. Estando una tarde (de verano ¡claro!) antes de que comenzara la jornada continua, en una explanada cerca de Fontanar, en una finca que los surcos tenían más de trescientos metros de longitud, y haciendo una tarde de calor sofocante de no aguantar más, el operario que se encargaba de suministrarnos el agua en las cubas de madera, no daba abasto, la fuente o mejor dicho: "el charco" donde llenaba los recipientes se encontraba en el extremo de la finca, allí manaba de una depresión del terreno.

Comenzaba a repartir el agua por un extremo del grupo que marchábamos más o menos unos al lado de los otros, mi compañero y yo en ese momento marchábamos en la fila de los últimos del grupo. Vimos llegar al César (así se llamaba el operario repartidor del agua) con ambas cubas, una en cada mano. Con el calor que hacía esa tarde la duración del trago era más larga que lo normal y todo el mundo trataba de alargarlo lo más posible, más por necesidad que por educación.

Mi compañero y yo viendo que el tiempo se alargaba más de la cuenta entre operario y operario pronto caímos en la cuenta que a ese ritmo lo mismo no nos llegaba el agua.

Eso significaría que tendríamos que aguantarnos nuestra sed al menos media hora más. Y ahí llegó la gracia de un compañero (precisamente de los menos racionales y más descerebrados que allí había) que, en vez de echarse el trago de agua de rigor, se propuso dejar la cuba seca. Y así lo pensó y así lo hizo, se infló de agua y los otros cuatro o cinco compañeros que estábamos en la cola nos jodimos media hora más pasando sed, hasta que el César volvió con las cubas llenas otra vez, que, claramente y por lógica esta vez comenzó a repartir de atrás hacia adelante. Lo que dije antes, a veces parecíamos niños de parvulitos.

PESTICIDAS Y OTROS ALIMENTOS. Hubo unos años que las plagas de las plantas se trataban fumigándolas con pesticidas y plaguicidas con una avioneta especializada en ello. El aparato pasaba muy cerca del terreno ya que era zona de gran llanura, abría las espitas y tras de sí dejaba una neblina que se iba depositando durante unos minutos en las hojas de las plantas. Hasta ahí todo bien.

En más de una ocasión no nos dio tiempo a desalojar la finca y la avioneta pasó con su rutina sin importarle si allí había o no operarios trabajando.

Aún recuerdo bien como a un compañero que tenía delante de mí, después de pasar la avioneta y descargar el veneno, le brillaban las espaldas como si fuera un lagarto. Quedó bien desinfectado, y como él alguno más, los demás salimos pitando de allí en cuanto que vimos que la avioneta ponía de nuevo rumbo directo hacia el punto donde nos encontrábamos trabajando en ese momento.

Un tiempo después descubrimos en las etiquetas de los envases de los productos químicos con los que se curaban las plagas de las plantas que, después de su uso se prohibía la entrada en la finca a cualquier persona durante los siguientes quince días; de fumigar con ello a los empleados no decía nada la etiqueta.

¿Qué tendríamos que haberles hecho y dicho al jefe y a su "animal de compañía" una vez descubrimos aquello? Porque ellos bien conocían ese requisito de aquel veneno. Pero como decían mis padres: "¿Quién le pone el cascabel al gato?" o aquel otro: "¿Quién le pega a padre?"

Unos años después la avioneta dejó de fumigar y compraron aparatos para fumigar con pequeños tractores, ya al menos la fumigación se hacía teniendo en cuenta a los trabajadores, o quizás no, quizás pensaran en que en pocos años podrían quedarse sin aquellos obreros o ni siquiera PENSARON.

Curiosamente _y no digo con esto que eso fuera la causa_ a mí en aquellas fechas se me comenzó a caer el cabello de una manera importante, hasta fui al especialista que, recuerdo que con cierta ironía me comentaba: *¿Tu has visto a algún calvo con quince años? ¡A que no!, ¡pero con veinticinco ya ves a muchos que les falta el pelo!* Dándome a entender que eso era natural y que no tenía importancia alguna… ¡Ole tus güevos! ¡y se quedó tan Pancho! Dicho especialista de la piel, ya por su edad, llevará ya muchos años descansando en paz.

El producto aquel era el METAXYSTOX. Esto encontré sobre él, probablemente hoy será menos dañino para el ser humano que entonces…. Aún así…

Es conocido por su efectividad contra una variedad de plagas, incluyendo pulgones, ácaros y otros insectos dañinos. Metasystox funciona *inhibiendo la enzima acetilcolinesterasa, que es crucial para el correcto funcionamiento del sistema nervioso en los insectos, lo que lleva a la parálisis y la muerte.* El compuesto se aplica típicamente en formulaciones líquidas y puede ser absorbido tanto a través de la cutícula como del sistema respiratorio de las plagas. En términos de seguridad, Metasystox se clasifica como *moderadamente tóxico para humanos y animales,* lo que requiere un manejo y aplicación cuidadosos para minimizar la exposición. Las consideraciones ambientales también son importantes, ya que puede *tener efectos perjudiciales en organismos no objetivo, incluidos los insectos beneficiosos y la vida acuática*. Las pautas de uso adecuadas y las *medidas de protección son esenciales* para mitigar los riesgos asociados con su aplicación en entornos agrícolas.

LOS MOTES. A unos de los jefes, concretamente al que se encargaba de las faenas del campo, le tuve que mostrar un día los dientes. A pesar de que decía ser un buen cristiano creyente y practicante y de los colaboradores de ayuda a los necesitados (cosa que no dudo) no le faltaban achaques de mortal. Predicaba sí, pero no siempre con el ejemplo.

Tenía la buena costumbre el señor de ir poniendo motes a los obreros, igual que si fueran reses. Un día me vino a buscar para echarme la bronca de que no sabía en qué lugar ni en qué trabajo me encontraba pues el encargado me había enviado esa mañana a otra finca, total que, se viene hacia mí llamándome y recordándome el mote que me había implantado que no era otro que "mohíno", sobrenombre que le pareció acertado porque yo era de los que hablaba muy poco con nadie y a veces parecía estar con mis pensamientos en otro lugar, eso sí, sin desatender mis obligaciones con la empresa.

Me arranqué hacia él según venía hacia mí medio gritando y le planté tres palmotazos con el dorso de la mano en mitad del pecho, con bastante fuerza, tanta que todo su cuerpo osciló, y eso que su peso superaba los cien kilos, le planté la mano entre las dos tetillas, ahí, justo en el esternón, a la vez que le avisaba de que como me volviera a llamar por ese nombre no respondería de lo que hiciera… ni por un momento pensé que me iba a poner de patitas en la calle, quizás hubiera sido lo mejor para mí, pero allí, en aquella empresa nunca vimos despedir a nadie. Después de aquello no volví a escuchar aquella palabreja en ninguna parte.

Pero todo en él no era así, como persona mayor que era y como si padre mío o sacerdote nuestro fuera, nos trataba de llevar por el buen camino. Alguna que otra vez me aconsejaba que tenía que ser más abierto a la gente, hablar más, ser más extrovertido, que expusiera mis ideas a los demás, etc etc. Una vez me decía*: ¡Súbete*

a un escenario y habla a la gente, hay que ser abiertos al mundo! Pero en mis pensamientos no había cosa más alejada de aquel consejo, yo solo quería pasar por este mundo sin pena ni gloria, sin hacer ni sombra ni ruido.

Casualidades que tiene la vida, hace algunos años me vi puesto varias veces delante de un micrófono ante un grupo relativamente importante de personas… ¡Cosas que tiene la vida! En todas esas ocasiones me acordé de aquella persona. ¡Las vueltas que da la vida! ¡Ver para creer!

De él me quedó grabada una frase que en una ocasión, echando una reprimenda a un encargado, le dijo: *"Hacienda, tu dueño te atienda, si no que te venda"*. Se pasaron cuarenta años después de que pronunciara aquella frase o refrán cuando se le agotaron sus días en la tierra. A los pocos días me encontré en la calle con un hijo suyo, con el que siempre tuve bastante amistad, y me comunicó la noticia. Le recordé aquella frase de su padre que quedó indeleble en mi memoria, él no la conocía, me hizo repetirla un par de veces para grabarla en su memoria y tomó buena nota de ella, como esas cosas importantes que no queremos perder. La vida me ha enseñado que ese refrán es una gran verdad.

Decía al principio que me había salvado de las llamas pero no de las brasas, en el vivero no conseguí escapar del calor extremo de la siega en Alcorlo ni del frío del invierno donde el río quedaba cubierto por una capa de hielo de lado a lado, tan espesa que a veces podías vadearlo sin romperse. Padeciendo aquel frío día tras día se transformaba en sufrir cada invierno un par de veces de anginas. En aquellos nueve años de vivero apenas si recuerdo estar de baja en un par de ocasiones, tres o cuatro días cada vez. So pena de que no pudieses ni caminar era como obligatorio asistir al trabajo, si no rendías más rendirías menos, lo último que quería la empresa era pagarte un día de baja.

Ir en invierno a trabajar al vivero no era como ir de mal humor a otro tipo de trabajos, a la oficina o al despacho, (aunque no haya calefacción o aire acondicionado), ir de mal humor porque se te han mojado los pies por una mala pisada en un charco o porque la lluvia cae oblicua por el viento y el paraguas no resulta capaz de protegerte de cabeza a pies, ¡NO!…, era conocido de antemano que ibas a pasar frío con ganas, principalmente en los pies, manos y cara, y aguantar el agua, especialmente ese tipo de "calabobos" durante todo el santo día. Claro está que cuando diluviaba, generalmente pocos ratos o pocos días, los pasábamos en el invernadero o en el almacén seleccionando plantas o preparando planta para sembrar en la primavera en las fincas.

En las temporadas de invierno y verano la mayoría de la plantilla trabajábamos en condiciones infrahumanas, pero era lo que había. El trabajo en el campo es lo que tiene, si hace frío frío y si hace calor pues te aguantas.

A veces me encuentro a algunos compañeros de trabajo de aquellas fechas, hoy ya jubilados y paseando por las "rutas del colesterol del pueblo" y volvemos a recordar aquellos tiempos que nos unieron en el trabajo, todos coincidimos en lo mismo ¡Cómo habremos llegado hasta aquí! ¡Algunos me dicen: ***"Escríbelo Agus, escríbelo… que no se olvide",*** porque de verdad parece que exagero, no sé para qué tendría yo que exagerarlo… no necesitamos de eso para nada.

Los compañeros que en vez de trabajar en las instalaciones del vivero trabajaban en el campo ya no te quiero decir, todo el día entre terrones y a veces barros, acarreando árboles de sombra o frutales hasta cargarlos en el remolque del tractor. Al medio día comían en una pequeña nave, por supuesto que nadie antes había preparado una fogata para aquel rato, en fin… y dando gracias aún porque los más veteranos contaban que en más de una ocasión (antes de construir una pequeña nave en la finca) comían sobre el surco donde el tractor iba semiarrancando los árboles, cuando llovían tenían que poner su mano sobre la fiambrera para que no se llenara de agua porque aún no habían invertido dinero en construir una pequeña nave donde resguardarse de la lluvia durante al menos ese rato de la comida.

Cierto es que la demanda de llevar las plantas hasta las instalaciones del vivero era necesaria y quizás ante una temporada de lluvias constantes no se podía permitir el lujo de esperar a que descampara, porque hay días en el invierno que amanece lloviendo y acaban exactamente igual, y allí no se estaba para regalar el dinero a nadie.

Trabajar cada día era imperativo, lo mismo que para cobrar que, lo hacíamos religiosamente cada dos semanas o cada mes (no recuerdo) con un cheque al portador, y las horas extras, semanalmente en metálico. Cinco semanas trabajábamos al mes, las cuatro de cada mes más una hora cada día de la semana más las cuatro del sábado, a

veces hasta los sábados por la tarde, de tal manera que cuando te querías vestir de guapo para salir de paseo eran ya las ocho de la tarde del sábado, en fin, ¿Cómo habremos llegado hasta aquí en estas condiciones?

De ese dinero extra de las horas extraordinarias yo dedicaba una parte en componentes electrónicos, fue caer en el vivero y comenzar a estudiar electrónica de una manera autodidacta, al finalizar la jornada de cada día siempre me quedaba energía para leer y poner en práctica algunos circuitos electrónicos referentes al sonido de alta calidad y a la radioelectricidad, hasta tal extremo llegué que en el primer año TODOS los libros de electrónica que había en la biblioteca de Guadalajara me los leí.

Se habría pasado ya un año de trabajo cuando me compré el primer kit de audio, un pequeño amplificador de 15 watios de potencia (hoy una potencia totalmente ridícula que no cuesta más de diez euros) que había que ensamblar sus componentes electrónicos, que venían agrupados en bolsitas de plástico, con dos cajas acústicas también; mis padres cuando se enteraron de mi inversión menuda que me echaron, especialmente mi padre, de nada servía que yo hubiera ganado por mis propios medios aquel dinero, pareciera que tenía que administrarlo él, sin embargo mi madre era todo lo contrario, todos los meses de mi sueldo retenía un veinticinco por ciento aproximadamente para gastos de la casa, el dinero de horas extras era para mis caprichos (hoy del orden de 300 euros mensuales) y aproximadamente la mitad del sueldo iba íntegramente a la cuenta del Banco Hispano Americano (hoy del orden de 900 euros/mes).

LA BRONCA CON EL ENCARGADO* Arriba decía que *“nunca despidieron a nadie”* pero siempre hay un “pero”.

Sería ya por el año 1987 lo que voy a relatar.

La entrada al trabajo estaba establecida a las 8:30 en invierno pero a las 8:15 ya estábamos allí la gran multitud de trabajadores porque había que recoger la herramienta de la fragua, azadones, palines, hoces, etc y llegando ya la hora de entrada o incluso antes, ya partían los automóviles que llevaban a los obreros al campo; los que trabajábamos en el centro aún podíamos arañar unos minutos extras.

Los jefes solían llegar cada día casi puntalmente entre las 8:10 y las 8:15.

Pero aquel día fue diferente, fue diferente y ÚNICO, pues nunca antes, en toda la existencia de la empresa jamás se dio caso como aquel, ni tan siquiera parecido, era como si en los estatutos estuviera terminantemente prohibido contradecir nada al encargado.

Aquel día yo llegué sobre las 8:20 y me sorprendió que a pesar de la hora que era todo el mundo estaba en la plaza con los brazos caídos, como esperando algo, como una solución; tan solo se escuchaba hablar en voz alta y con actitud un tanto alarmante a un compañero que no llevaba mucho tiempo con nosotros, creo recordar que solo varios meses.

En pocas palabras: Le estaba echando una bronca al encargado general que daba vergüenza escuchar escuchar aquellas palabras que le dirigía, no sin poca razón, tratándolo de miserable, de esclavista, de explotador de los obreros y mil lindezas más que ya he olvidado. No tendría ni que aclarar que lo que estaba escupiendo por la boca aquel obrero era la pura realidad; se entiende que no lo haría por gusto sino más bien por verse obligado por la empresa, un encargado que no reparte leña no suele durar mucho tiempo en la empresa, esa es la conclusión a la que la vida me llevó.

El resto de compañeros que había agrupados en la plaza con ellos estaban mudos, tampoco es que hacía falta que todo el mundo le aplaudiera pero en el pensamiento de cada uno de nosotros reinaba la alegría de ver que por fin ALGUIEN le estaba diciendo las verdades al encargado en su cara.

Y allí estaba el encargado, con la vista clavada en el suelo, como un maniquí sin vida ni sin alma, cual quien espera que el chaparrón acabe pronto pues le pilló sin paraguas ni chubasquero, total la bronca como mucho podía durar un cuarto de hora, que era lo máximo de tiempo en que los jefes tardarían en llegar y lo rescatarían de aquel naufragio.

Y llegaron los jefes, pusieron orden, *¡Todo el mundo a trabajar que es la hora!* El encargado recibió lo que todos esperábamos algún día poder decirle con aquellas mismas palabras y que jamás llegaríamos a ello.

Por supuesto que aquella refriega de realidad no sirvió para nada, al obrero sublevado lo despidieron o fue él mismo que se despediría pues no se concebiría seguir allí después de la que montó.

Con el tiempo alguna vez, en el grupo de trabajo, salió aquel recuerdo a relucir pero nada más, por supuesto que todos nos alegramos de que hubiera una vez de que el ratón le enseñó los colmillos al gato, por supuesto que pagaría caro, o no, su valentía, espero que se hiciera justicia y se le aplicara el refrán de que *"No hay mal que por bien no venga".*

EL CAMIÓN SOBRECARGADO. *De este suceso apenas ya si lo recordaba, pero conversando hace unos meses con uno de aquellos compañeros que allí se encontraban ese día obtuvimos estos recuerdos.*

De aquella tarde no recordaba este episodio pero con Luis, un compañero de aquellos años allí, de nuevo me vino a la memoria. El ejemplo de ese día bien refleja la personalidad y pensamientos sobre lo que es el trabajo y la forma de llevarlo a cabo. En aquel lugar pareciera que la fuerza bruta lo podía casi todo.

En aquellas fechas ya trabajábamos cargando los camiones en el foso, el trabajo era mucho más llevadero porque en vez de elevar la mercancía dese el suelo hasta la altura de más de dos metros y lanzarla a la caja del camión ahora la mitad del trabajo ya estaba hecha por lo que se ganaba en rendimiento y esfuerzo.

Los camiones por lo general eran de tamaño mediano a grande, incluyendo como "grande" algún que otro tráiler con cabina articulada. Pero también había camiones pequeños, de esos que para sacarles rendimiento se cargan hasta las trancas, el problema es que lo que cargábamos en el vivero solía salir bien al peso, la planta bien colocada, bien ordenada en la caja apenas dejaba aire en ella.

Aquella tarde cargábamos en el muelle un camión de mediano tamaño. La mayor parte de la carga eran árboles grandes, muchos de ellos de los que llevaban las raíces envueltas en tierra y protegidos por unos sacos y mallas de alambre. Sin tener báscula allí ya sabíamos todos que quizás alguna multita le podía caer al conductor por exceso de tonelaje.

Llegó el momento de salir de ruta y el camión no podía subir la pequeña rampa que había en la entrada del foso. Posiblemente el motor del camión no se encontraba en su mejor momento y si a eso añadimos el peso pues… no había manera de despejar el muelle y meter a toda pastilla un nuevo camión para continuar la faena de cada día de exportar mercancía.

Era necesario y casi urgente (para que no se acumulara el trabajo) sacar aquel camión de allí y al encargado general no se le ocurrió otra solución mejor que mandar a un operario en busca de una buena maroma y con todos los obreros que por allí había hacer que tiraran como dicen los libros se construyeron las pirámides, todos tirando de una soga.

Por supuesto que ni con una docena de obreros tirando de la maroma y el camión acelerado a tope conseguimos sacar aquello de allí, pero como era un agravio contradecir al encargado era mejor que él cayera por sus propia cuenta de su tremendo error, ¡vaya manera de calibrar el peso de un camión cargado y la fuerza que una docena de obreros pueden desarrollar!

Como a base de dar tirones no conseguimos nada, el encargado recurrió a la fuerza de un Land Rover. Enganchamos la maroma al Land Rover y el vehículo comenzó a dar bandazos de un lado para otro, patinando todas las ruedas cual estuviera sobre un charco helado, el camión mientras tanto no se movía ni un centímetro, aun así, viendo semejante panorama, el encargado, lejos de admitir que era ridículo lo que nos proponía, nos ordenaba que empujáramos a la vez al Land Rover… Con todo y con eso el camión seguía allí, en sus trece.

Hubo que recurrir al tractor más grande que tenía la compañía para poder sacar el camión del atolladero.

Esta historia refleja, como decía arriba, la capacidad que tenía aquel encargado general para resolver problemas de ese tipo. Ya nos podemos hacer idea de lo que era aquel tipo de trabajo. "La fuerza bruta es lo que manda".

EL DÍA DESPUÉS. Como todo en la vida, bueno y malo, le llega su momento. Llegó el 1989 y España parece que resurgía de las cenizas cual ave Fénix, se comenzaba a encontrar trabajo en multitud de empresas.

En medio año el vivero se quedó prácticamente sin jóvenes de aquellos que ya rondábamos los treinta años. No había semana que no hubiera que festejar la despedida de alguno de aquellos muchachos, pero todo no fueron flores en el exterior y algunos volvieron tiempo después a casa de “la madre vivero” que, aunque el sueldo era lo que era al menos era seguro, pues el mundo que encontraron fuera de aquel foso y aquellas instalaciones no era mucho mejor que el que conocían.

La gran mayoría no volvimos nunca más allí, yo de hecho no volví a pisar nunca más aquellas instalaciones que, dicho sea de paso, quince años después desaparecieron por expropiación del polígono del Ruiseñor y que a la vez nacieron un poco más allá. No pisé de nuevo allí ni para comprar un geraneo. Y aun así al nuevo vivero acudí por acompañar a un paisano veinte años después.

Sin embargo, no quería yo que mis recuerdos de aquellos tiempos se perdieran en la memoria y cuando ya estaban totalmente abandonado las instalaciones antiguas me hice un tour fotográfico que, dicho sea de paso, no he vuelto a consultar hasta esta fecha para añadir un par de fotografías del estado en que me encontré mi antiguo puesto de trabajo.

¡Lo que es la memoria! Al ver el lugar a través de las fotografías, siento aquellos días como cercanos, como si de un campo de concentración se hubiera tratado, un lugar de donde era dificilísimo salir, un lugar donde rara vez encontré un día o un rato de bienestar, todo era un esperar a que llegaran tiempos mejores en aquel país que poco a poco se iba recomponiendo como un esqueleto al que le partieron huesos por todas partes en una paliza a muerte.

Tengo que reconocer que no todo fueron desventajas de aquel trabajo, la primera ventaja es que distaba de mi casa menos de 300 metros, o sea que en menos de dos minutos de reloj ya estaba allí, tiempo y gasto en transporte era cero. También me sentía privilegiado comparado con otros compañeros pues a veces, en primavera, me pasaba muchos días dentro del invernadero, transplantando petunias de semilleros que parecían interminables a macetas del tamaño de un yogur. Allí, dentro del invernadero había calefacción y no llovía.



Durante varios años fui delegado de UGT, quiero decir: Representante de los trabajadores de aquella empresa. En aquellos años, finalizando la década de los ochenta, se conseguían aumentos de sueldo del 7,5 por ciento, algo impensable en las últimas décadas, no sé si para bien o para mal.

EL FINAL EN EL VIVERO. En enero de 1990 salí de allí y nuevamente ***"salté de unas llamas y caí en otras brasas"*** en las que el trabajo era el mismo sacrificio pero de otra manera, nada de terrones, nada de lluvias, frío el de costumbre, amparado en mis conocimientos sobre electricidad y electrónica fui a pelearme con las instalaciones eléctricas, porteros automáticos, antenas de tv, pararrayos, alarmas y mil mierdas más relacionadas con la electricidad y electrónica.

El sueldo del nuevo empleo era prácticamente idéntico al del vivero, pero era necesario cambiar de gremio, allí pertenecíamos al Régimen Agrario, que parecía estar maldito, pasé al Régimen General, un sueño esperado durante casi diez años.

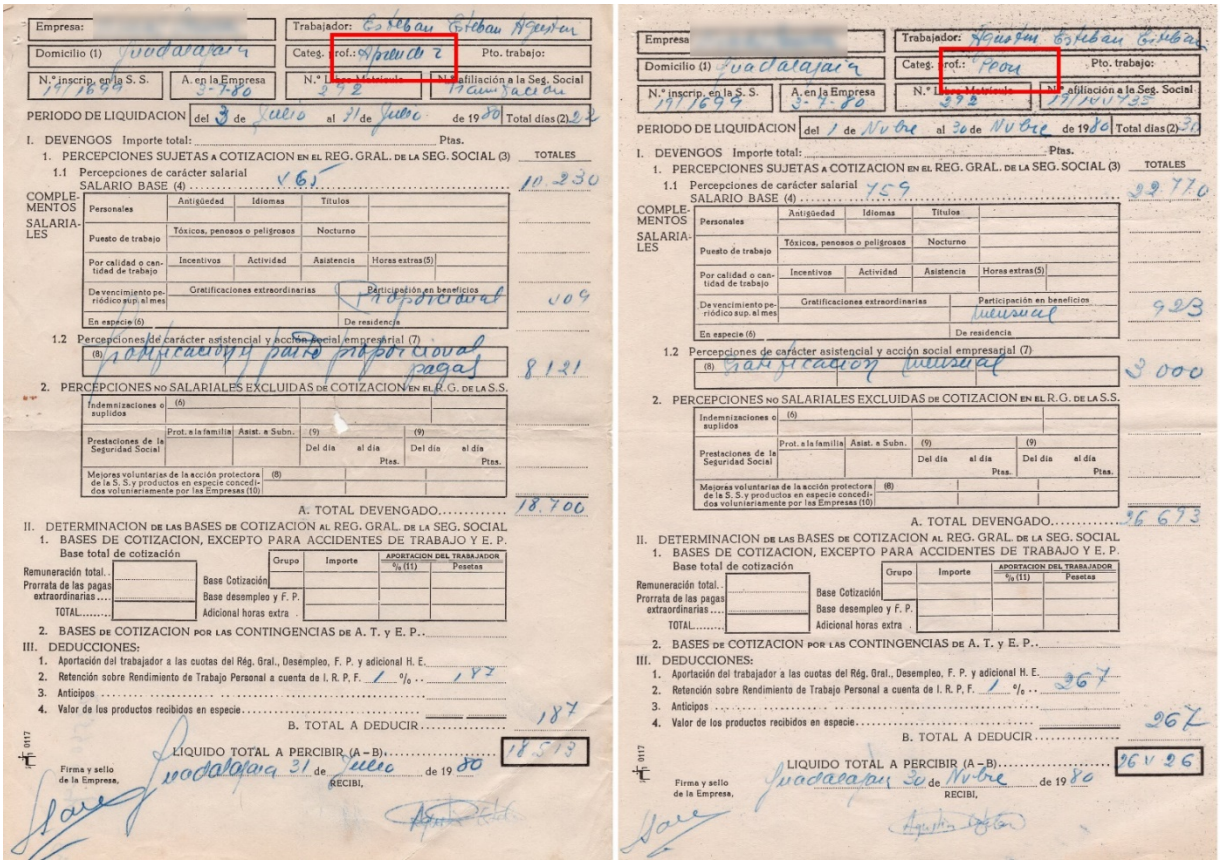
En este nuevo empleo trabajábamos como esclavos, a destajo, pero cobrábamos ligeramente igual que los demás compañeros del sector, seguía recibiendo palizas pero estas eran de otra forma. Tres años estuve allí y al finalizar aquel contrato ya cobraba el doble que cuando entré.

Renuncié voluntariamente a aquel trabajo, necesitaba reposar y durante todo el 1992 apenas si trabajé tres meses. Ha sido la UNICA ETAPA EN MI VIDA en la que no he vestido el mono de trabajo.

No todo allí fueron alegrías porque en más de una ocasión, ante la impotencia de tener un trabajo bien reconocido y proporcionalmente remunerado, volví a casa derramando lágrimas por el camino, pero esas lágrimas las llevaba ya con otra alegría y con la esperanza (como así fue) de que la fortuna me sonriera.

Con lo experimentado y aprendido durante esos tres años rodando con la electricidad y electrónica me consideraba ya en otro escalón, aquellas lágrimas que derramé por culpa del nuevo trabajo, con la aspiración de evolucionar en el ámbito profesional, se convirtieron en el seguro de vida de mi primer hijo, en aquellas fechas casi recién nacido.

A continuación mis dos primeras nóminas, la primera como aprendiz y la segunda cuatro meses después, ya con la mayoría de edad pasé de categoría "aprendiz" a "peón", ¡Todo un éxito! Jajaja.



Empresa: [redacted] Trabajador: Esteban Esteban Agustín

Domicilio (1) Guadalajara Categ. prof.: Aprendiz 2 Pto. trabajo:

N.º inscrip. en la S. S. 19/1699 A. en la Empresa 3-1-80 N.º Libro Matrícula 342 N.º afiliación a la Seg. Social [illegible]

PERIODO DE LIQUIDACION del 3 de Julio al 31 de Julio de 1980 Total días (2) 29

I. DEVENGOS Importe total: Ptas.

1. PERCEPCIONES SUJETAS A COTIZACION EN EL REG. GRAL. DE LA SEG. SOCIAL (3) — TOTALES

1.1 Percepciones de carácter salarial

SALARIO BASE (4) ..... V.61 — 10.230

COMPLEMENTOS SALARIALES

Personales	Antigüedad	Idiomas	Títulos	
Puesto de trabajo	Tóxicos, penosos o peligrosos		Nocturno	
Por calidad o cantidad de trabajo	Incentivos	Actividad	Asistencia	Horas extras (5)
Devengamiento periódico sup. al mes	Gratificaciones extraordinarias		Participación en beneficios	Proporcional — 509
En especie (6)			De residencia	

1.2 Percepciones de carácter asistencial y acción social empresarial (7)

(8) Gratificación paga proporcional pagas — 8121

2. PERCEPCIONES NO SALARIALES EXCLUIDAS DE COTIZACION EN EL R.G. DE LA S.S.

Indemnizaciones o suplidos	(6)				
Prestaciones de la Seguridad Social	Prot. a la familia	Asist. a Subn.	(9) Del día / al día / Ptas.	(9) Del día / al día / Ptas.	
Mejoras voluntarias de la acción protectora de la S. S. y productos en especie concedidos voluntariamente por las Empresas (10)	(8)				

A. TOTAL DEVENGADO..... 18.700

II. DETERMINACION DE LAS BASES DE COTIZACION AL REG. GRAL. DE LA SEG. SOCIAL

1. BASES DE COTIZACION, EXCEPTO PARA ACCIDENTES DE TRABAJO Y E. P.

Base total de cotización

		Grupo	Importe	APORTACION DEL TRABAJADOR % (11)	Pesetas
Remuneración total	Base Cotización				
Prorrata de las pagas extraordinarias	Base desempleo y F. P.				
TOTAL	Adicional horas extra				

2. BASES DE COTIZACION POR LAS CONTINGENCIAS DE A. T. y E. P.

III. DEDUCCIONES:

1. Aportación del trabajador a las cuotas del Rég. Gral., Desempleo, F. P. y adicional H. E.
2. Retención sobre Rendimiento de Trabajo Personal a cuenta de I. R. P. F. 1 % .. 187
3. Anticipos
4. Valor de los productos recibidos en especie 187

B. TOTAL A DEDUCIR

LIQUIDO TOTAL A PERCIBIR (A – B) 18.513

Firma y sello de la Empresa, Guadalajara 31 de Julio de 1980 RECIBI,

0117

Empresa [redacted] Trabajador: Esteban Esteban Esteban

Domicilio (1) Guadalajara Categ. prof.: Peón Pto. trabajo:

N.º inscrip. en la S. S. 19/1699 A. en la Empresa 3-1-80 N.º Libro Matrícula 342 N.º afiliación a la Seg. Social 19/1401735

PERIODO DE LIQUIDACION del 1 de Nvbre al 30 de Nvbre de 1980 Total días (2) 30

I. DEVENGOS Importe total: Ptas.

1. PERCEPCIONES SUJETAS A COTIZACION EN EL REG. GRAL. DE LA SEG. SOCIAL (3) — TOTALES

1.1 Percepciones de carácter salarial

SALARIO BASE (4) ..... 759 — 22.770

COMPLEMENTOS SALARIALES

Personales	Antigüedad	Idiomas	Títulos	
Puesto de trabajo	Tóxicos, penosos o peligrosos		Nocturno	
Por calidad o cantidad de trabajo	Incentivos	Actividad	Asistencia	Horas extras (5)
Devengamiento periódico sup. al mes	Gratificaciones extraordinarias		Participación en beneficios	Mensual — 923
En especie (6)			De residencia	

1.2 Percepciones de carácter asistencial y acción social empresarial (7)

(8) Gratificación mensual — 3.000

2. PERCEPCIONES NO SALARIALES EXCLUIDAS DE COTIZACION EN EL R.G. DE LA S.S.

Indemnizaciones o suplidos	(6)				
Prestaciones de la Seguridad Social	Prot. a la familia	Asist. a Subn.	(9) Del día / al día / Ptas.	(9) Del día / al día / Ptas.	
Mejoras voluntarias de la acción protectora de la S. S. y productos en especie concedidos voluntariamente por las Empresas (10)	(8)				

A. TOTAL DEVENGADO..... 26.693

II. DETERMINACION DE LAS BASES DE COTIZACION AL REG. GRAL. DE LA SEG. SOCIAL

1. BASES DE COTIZACION, EXCEPTO PARA ACCIDENTES DE TRABAJO Y E. P.

Base total de cotización

		Grupo	Importe	APORTACION DEL TRABAJADOR % (11)	Pesetas
Remuneración total	Base Cotización				
Prorrata de las pagas extraordinarias	Base desempleo y F. P.				
TOTAL	Adicional horas extra				

2. BASES DE COTIZACION POR LAS CONTINGENCIAS DE A. T. y E. P.

III. DEDUCCIONES:

1. Aportación del trabajador a las cuotas del Rég. Gral., Desempleo, F. P. y adicional H. E. 267
2. Retención sobre Rendimiento de Trabajo Personal a cuenta de I. R. P. F. 1 % ..
3. Anticipos
4. Valor de los productos recibidos en especie 267

B. TOTAL A DEDUCIR

LIQUIDO TOTAL A PERCIBIR (A – B) 26.426

Firma y sello de la Empresa, Guadalajara 30 de Nvbre de 1980 RECIBI,

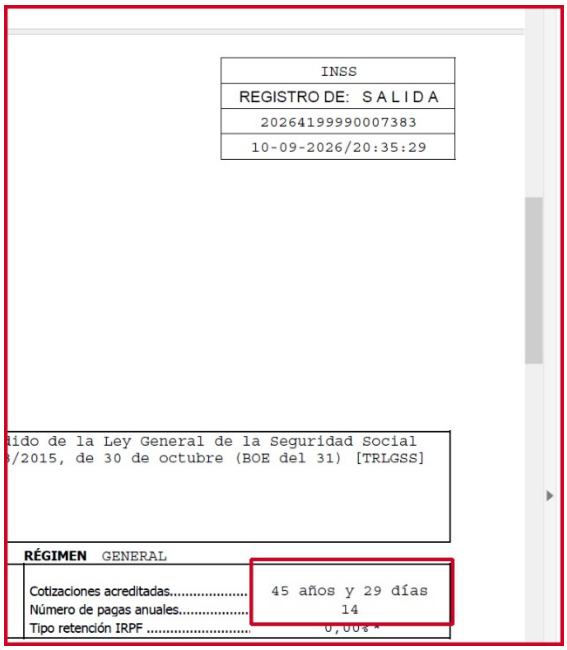
0117

EL VIVERO SE ACTUALIZÓ. Desde hace ya más de veinte años aquel trabajo cambió drásticamente, la operación de injertar en verano a la solanera dejó de hacerse, ese trabajó lo hacían viveros más pequeños, pequeños autónomos,

principalmente de Aragón, el vivero se transformó en un gran almacén de compra y venta de plantas frutícolas y árboles de sombra.

Los camiones se cargaban y descargaban de otras maneras, las plantas pequeñas iban en contenedores y las grandes se cargaban con grúas pequeñas o grandes, o toros mecánicos.

Como habrás comprendido después de esta larga epístola, durante aquellos años en el vivero no me libré de los calores extremos idénticos de los de aquella siega en el mes de Julio en Alcorlo, ni de los fríos intensos en el mes de enero, como aquel día que a media mañana, el termómetro del invernadero de plástico marcaba SIETE grados bajo cero. Descargábamos aquella mañana un tráiler de árboles de sombra con una gran bola de tierra protegiéndole las raíces, la tierra estaba tan helada que aunque algunos recibieron un porrazo al bajar del camión contra el suelo no se fracturaron lo más mínimo.


INSS
REGISTRO DE: SALIDA
20264199990007383
10-09-2026/20:35:29

lido de la Ley General de la Seguridad Social
/2015, de 30 de octubre (BOE del 31) [TRLGSS]

RÉGIMEN GENERAL

Cotizaciones acreditadas.....	45 años y 29 días
Número de pagas anuales.....	14
Tipo retención IRPF	0,00% *

Fue un invierno muy duro aquel, en el que en algunos patios y viviendas las tuberías reventaron por helarse el agua dentro de ellas. Al parecer se llegaron algunas noches a los 16 grados negativos.

Como no había ropa térmica por aquellos entonces llevabas una camiseta de felpa, muy gorda, la camisa luego, el jersey, luego el mono de trabajo, y si llovía la chaqueta, pantalón y botas de plástico ¡a ver quién se movía con todo aquello! Que más bien parecías un astronauta o el muñeco de Michelín.

Los calcetines eran de lana gruesa que mi madre confeccionaba especialmente para mi padre y para mí, ambos trabajamos durante unos años al mismo tiempo en el vivero.

Estando ya en la edad de jubilación la Seguridad Social me reconoce 45 años y 29 días de cotización laboral.

PD. Este relato ya lo han leído algunos antiguos compañeros que en aquel vivero trabajamos juntos durante años. Ninguno de ellos me reportó que estaba exagerado o que no era correcto tal cual lo reflejé aquí. También recibí felicitaciones por hacerles revivir aquellos momentos _generalmente duros y difíciles pero a la vez entrañables_ por lo que significaba para nosotros en ese momento el poder trabajar y salir adelante con la dureza de la vida de aquellos años que tanto nos costó sacar a esta España adelante.

C O N T I N U A R Á…